

EN UN VIAJE POR EL CARIBE

Sagitario

Alistábamos, en todos sus detalles, al transporte petrolero Rancagua para un viaje de instrucción con un curso de Guardiamarinas, cuyo viaje estaba programado para Panamá, La Habana, Galveston, Veracruz y Tampico.

Era el mes de mayo de 1940, y la nave se encontraba acoderada al molo de abrigo, en Valparaíso, al igual que los buques de la Escuadra, a excepción del Latorre, el que por sus dimensiones fondeaba a la gira, en la bahía.

Al atardecer del 20 de mayo, el barómetro comenzó a bajar lentamente aunque en forma constante; ya pasada la medianoche, el viento del noroeste se estableció, aumentando por momentos, y todos los buques se prepararon para recibir el mal tiempo y abandonar la poza. El Rancagua cortó todas sus rejeras de popa, incluyendo dos de gruesas cadenas, y viramos sobre nuestras anclas, quedando así orientados al viento, aunque protegidos por el molo. Ya comenzaba el amanecer del día siguiente, cuando con estupor vemos que el dique comienza a escorarse, con el vapor Chile a su bordo, terminando, por último, de dar una vuelta completa de campana.

A todo esto, y como el viento y la mar eran de un huracán, el Latorre, que no alcanzó a tener sus turbinas listas para moverlas, comenzó a garrear en dirección a la estación Bellavista, haciendo sonar su pito de vapor, angustiado, aterrado y seguro que iba a su pérdida. Fue algo difícil de resistir en nuestras emociones; las lágrimas caían, mezclándose a la fuerte lluvia; nunca antes tuve la oportunidad de oír el pito del Latorre, el acorazado más potente de Sudamérica, y ahora parece que sabía que su grito de dolor y espanto se justificaba para esta ocasión.

El Latorre continuaba su desplazamiento hacia la costa, con ancla a la rastra y atravesado a la mar, hasta que se afirmó con su aleta de babor sobre la proa lanzada, o con bauprés, de un antiguo buque de pasajeros de la Compañía Sudamericana de Vapores, de "para" ya por muchos años en el puerto, el vapor Imperial. Así, el ancla del acorazado "aguantó" y el buque quedó estacionario con su proa dirigida hacia la entrada de la poza, pero ya con sus máquinas listas. A fin de dejarlo libre y en condiciones de maniobrar para salir de tan inconfortable situación, dos Tenientes y 20 hombres saltaron de la toldilla del Latorre al castillo de proa del Imperial, con la intención de largar en banda las cadenas de leva del mercante y dejar, como dije, libre al acorazado para moverse. No fue posible hacerlo, pues las cadenas estaban firmemente adheridas, pero el capitán del bote salvavidas, quien con su embarcación rescató a los oficiales y marineros y los restituyó al Latorre, declaró, poco después, que nunca vio tanta audacia, decisión y valentía, como la demostrada por esta gente.

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducciones de textos aparecidos anteriormente en Revista de Marina, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

Poco después el buque entró a la poza, por primera y única vez en su vida, gobernado por el Jefe de Servicio de la nave, atracándolo a los sitios 3 y 4 del puerto, salvándose así la unidad naval que -con su artillería de 14"- con su sola presencia mantenía el equilibrio marítimo en el Cono Sur.

Volviendo al Rancagua, a raíz de este excepcional temporal, por lo violento y no previsto, el buque fue comisionado para ir en socorro de los habitantes y pescadores de las islas Juan Fernández, Más a Tierra y Más Afuera, quienes perdieron sus embarcaciones y su pesca e incluso algunas goletas que se encontraban en Valparaíso.

Terminada esta comisión zarpamos en demanda del canal de Panamá, en viaje directo, y después a La Habana.

Nos encontramos ahí, en ese hermoso puerto, con una noche muy calurosa. Por encontrarme de guardia me retiré a mi camarote a medianoche. A los pocos minutos llama a la puerta y entra un antiguo Cabo 1º Artillero, algo viejo para su grado, siempre muy reservado, calmado y extremadamente serio, pero ahora este hombre venía llorando.

-¡Qué le pasa, Cabo Alvarez!, tranquilícese y siéntese por favor -le dije.

-Ud. no sabe lo que me ha ocurrido, mi Teniente; vengo completamente impresionado. Resulta, señor, que cuando bajé a tierra, el taxista, un negro, quien me llevó al centro, conversando me dijo:- ¿Señor, quiere que le vean la suerte? Conozco a una adivina, a quien visitan muchas personalidades que llegan a esta ciudad; de acuerdo con el sistema muy particular que emplea en su trabajo, a las personas que le entregan su confianza les posibilita -pagando, claro está, una cantidad extra- que vean y conversen con sus seres queridos o parientes, por muy distantes que se encuentren. ¡Chico, bien vale la pena visitar a la señora: no piense que lo engaño!

-El taxi me dejó en las afueras de la ciudad, ante una casa pequeña y baja, y cuando entré una muchacha mulata me condujo a una sala amplia y semi en la penumbra, con largos y grandes cortinajes de terciopelo color rojo apagado, con una mesa al centro y dos sillas. en una de las cuales fui invitado a sentarme, aunque extrañé no encontrar la característica bola de cristal; pocos momentos después apareció la adivina, bruja o melca, no supe cómo definirla, ataviada también con largos y multicolores ropajes y un abundante turbante, asimismo muy florido. Era de mediana edad, gorda, de tez muy morena.- ¿ El señor desea que le adivine la suerte?, me dijo. -Le contesté que quería más bien ver y conversar con mi señora y mi mamá.-¿ Ud. no es de Cuba, verdad?, me dijo. -Soy de Chile, de la tierra Santa, le dije; esto último no lo comprendió; quise decirle que yo era de Chiloé.

-Luego puso un vaso cilíndrico, de agua pura, cristalina y fresca, sobre la mesa, y me dijo: -Concéntrese completamente en el agua que hay dentro del vaso y piense en la persona a la que quiere ver. Al poco rato mi asombro y estupor fueron enormes, cuando poco a poco se fue perfilando la figura inconfundible de mi señora, en el agua del vaso, quien levantó la cabeza y mirándome me dijo: -¿Cómo te encuentras, Goyol ¿Y en qué lugar están? -Yo estoy bien, Filomena, y estamos en Cuba; y mi mamá, ¿cómo se encuentra? -¡Bien!, aquí está a mi lado con la guagua. La Filomena miró hacia un lado y le dijo: -Pase señora, aquí está el Goyo. Con un pequeño empujón ella desplazó a mi esposa y así logró ubicarse dentro del vaso, diciéndome: -¡Hijo querido, tanto tiempo sin tus noticias; mira a tu hijo, cómo está de bonito! La criatura levantó sus bracitos y alcanzó a sacarlos fuera de la superficie del agua, como reconociendo a su papá. Un problema se presentó cuando el resto de los niños, que eran cuatro, por lo que no cabían en el vaso, con un esfuerzo demoníaco lograron salir fuera del agua y caer sobre la mesa; corriendo y jugando, con gritos de alegría daban la bienvenida

a su padre. Me encontraba feliz y estaba perdiendo la noción de todo, hasta del tiempo, pero logré reaccionar, despedirme de la familia y cancelar a la adivina por estos momentos tan increíblemente fantásticos que pasé, junto a un vaso de agua.

Al llegar a bordo se desató la reacción y la emoción; se agolparon las lágrimas a sus ojos; no estaba seguro si lo que vio, escuchó y conversó fue real o un sueño de su imaginación. ¿Un milagro, una desviación mental? Así fue como llegó llorando, desconsoladamente, sin poderse contener, a confesarse con su Oficial de División.